

Pequeños pecados



CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)

Pequeños pecados

Contenido

1. Resistiendo la tentación de los
pequeños pecados4
2. Consejos particulares para los creyentes.....13
3. Una advertencia para los indecisos
que buscan15
4. La aflicción eternal como recompensa
de los pequeños pecados18

Tomado de: *New Park Street Pulpit* Vol.5, No. 248 Entregado el 17 de abril de 1859 en el Music Hall, Royal Surrey Gardens.

© Copyright 2024 Chapel Library. Original de dominio público.

Impreso en EE.UU. Todas las citas de las Escrituras son de la versión RVR1960. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

Chapel Library envía materiales Cristocéntricos de siglos anteriores a todo el mundo sin cargo alguno, confiando enteramente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean dar.

En todo el mundo, por favor descarga el material sin cargo de nuestro sitio web o puedes ponerte en contacto con el distribuidor internacional que aparece allí para tu país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, puedes ponerte en contacto con

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Pequeños pecados

“¿No es ella pequeña?” Génesis 19:20

ESTAS palabras las tomaremos como un *lema*, en lugar de un *texto* en su uso ordinario aceptado. Esta mañana no intentaré explicar la conexión. Fue la expresión de Lot, cuando abogó por la salvación de Zoar; pero la quitaré por completo del contexto en el que se encuentra, y la usaré de otra manera. El gran Padre de Mentira tiene multitudes de estratagemas por medio de las cuales busca arruinar las almas de los hombres. Él usa pesos falsos y balanzas falsas para engañarlos. A veces usa tiempos falsos, declarando en una hora que es demasiado pronto para buscar al Señor, y en otra que ahora es demasiado tarde. Y usa cantidades falsas, porque declarará que los grandes pecados son muy pequeños, y en cuanto a los que confiesa como pequeños pecados, después los convierte en nada en absoluto: meros pecadillos, casi dignos de perdón en sí mismos. Muchas almas, no dudo, han sido atrapadas en esta artimaña, y siendo atrapadas por ella, han sido destruidas. Se han aventurado al pecado en donde pensaban que la corriente era poco profunda, y fatalmente engañados por su profundidad, han sido arrastrados por la fuerza de la corriente a esa catarata que es la ruina de tan vasta multitud de almas de los hombres.

Será mi asunto esta mañana responder a esta tentación, y tratar de poner una espada en sus manos con la cual puedan resistir al enemigo cuando venga a ustedes con este grito: “¿No es ella pequeña?” y los tienta al pecado porque los lleva a imaginar que hay muy poco daño en ello. “¿No es ella pequeña?”

1. Resistiendo la tentación de los pequeños pecados

Con respecto a esta tentación de Satanás al referirse a la pequeñez del pecado, quisiera dar esta primera respuesta: *los mejores hombres siempre han tenido miedo de los pequeños pecados*. Los santos mártires de Dios han estado dispuestos a soportar los tormentos más terribles en lugar de alejarse tanto como una pulgada del camino de la verdad y la justicia.

Miremos a Daniel: Cuando se emitió el decreto del rey de que ningún hombre debía adorar a Dios por tal y tal tiempo, Daniel oraba tres veces al día como antes, con su ventana abierta hacia Jerusalén, sin temer el mandamiento del rey. ¿Por qué no se retiró a hacerlo en una habitación interior? ¿Por qué no cesó de orar, guardando sus peticiones en su pensamiento y en su corazón? ¿No habría sido igualmente aceptado como cuando se arrodilló como de costumbre, con la ventana abierta, para que todo el mundo pudiera verlo? ¡Vaya! pero Daniel juzgó que por poco que pareciera la ofensa, preferiría sufrir la muerte en las fauces del león, que por esa pequeña ofensa provocar la ira de su Dios o llevar a los hombres a blasfemar su santo nombre, porque su siervo había tenido miedo de obedecer.

Miremos también a los tres santos jóvenes. El rey Nabucodonosor les pide que simplemente doblen la rodilla y adoren la imagen de oro que él había erigido. ¡Qué pequeño homenaje! Solo doblar la rodilla, y eso es todo. Una postración, y podrán seguir su camino con seguridad, pero no. No adorarán la imagen de oro que el rey ha erigido. Pueden arder por Dios, pero no pueden apartarse de Dios. Pueden sufrir, pero no pecarán; y aunque todo el mundo podría haberlos excusado con la súplica de conveniencia si hubieran realizado ese pequeño acto de adoración al ídolo;

sin embargo, no lo harán, sino que preferirían estar expuestos a la furia de un horno, siete veces calentado, que cometer una ofensa contra el Altísimo.

Así también entre los primeros cristianos. Es posible que hayan leído sobre ese noble guerrero para Cristo, el obispo Marcos de Aretusa. Había inducido al pueblo a derribar el templo de los ídolos en la ciudad que presidía; y cuando el emperador apóstata Juliano llegó al poder, ordenó al pueblo que reconstruyera el templo. Estaban obligados a obedecer bajo pena de muerte. Pero Aretusa levantaba todo el tiempo su voz contra el mal que hacían, hasta que de repente, la ira del rey cayó sobre él. No obstante, le ofrecieron su vida con la condición de que entregara solo medio centavo para la construcción del templo; más aún, menos que eso, si echara un grano de incienso en el incensario del dios falso, podría escapar. Pero él no lo hizo. Temía a Dios, y no cometería el más pequeño pecadillo para salvar su vida. Por lo tanto, expusieron su cuerpo y lo entregaron a los jóvenes para que lo pincharan con cuchillos; luego lo ungieron con miel, y fue expuesto a las avispas y picado hasta la muerte. Pero el grano de incienso no quiso dar. Podía dar su cuerpo a las avispas y morir en los dolores más terribles, pero no podía, no quería y no se atrevía a pecar contra Dios. ¡Un noble ejemplo!

Ahora, hermanos, si los hombres han podido percibir tanto del pecado en las transgresiones pequeñas, que ellos soportarían torturas inconcebibles en lugar de cometer las transgresiones, ¿no debe haber algo terrible al final en lo que dice Satanás: “¿No es ella pequeña?”? Los hombres, con sus ojos bien abiertos por la gracia divina, han visto un infierno entero dormitando en el pecado más mínimo. Habiendo sido dotados de un poder microscópico, sus ojos han visto un mundo de iniquidad escondido en un solo acto, un solo pensamiento o una sola imaginación del pecado, y por lo tanto, lo han evitado con horror, han pasado

por ello y no tendrán nada que ver con eso. Pero si el camino recto hacia el cielo es a través de las llamas, a través de las corrientes, a través de la muerte misma, preferirían pasar antes por todos estos tormentos que apartarse una pulgada para recorrer un camino fácil y erróneo.

Digo que esto debería ayudarnos cuando Satanás nos tienta a cometer pequeños pecados – esto debería ayudarnos a dar la siguiente respuesta: “No, Satanás, si el pueblo de Dios piensa que es grande, ellos saben mejor que tú. Tú eres engañador; ellos son verdaderos. Debo evitar todo pecado, aunque tú digas que es pequeño.” Se puede responder además, en respuesta a esta tentación de Satanás con respecto a los pecados pequeños, así: “Los pecados pequeños conducen a los grandes. ¡Satanás! tú me pides que cometa una pequeña iniquidad. Te conozco a ti, el impío! Deseas que me ponga sobre el extremo delgado de la cuña. Tú sabes que cuando se inserta, permanecerá en mí y dividirá mi alma en dos. ¡No, aléjate! Aunque sea pequeña la tentación, te temo, porque tu tentación pequeña conduce a algo más grande, y tu pecado pequeño da paso a algo peor.”

Todos vemos en la naturaleza cuán fácilmente podemos probar esto, *que las pequeñas cosas conducen a cosas más grandes*. Si se desea salvar un abismo, a menudo es costumbre disparar una flecha y cruzarlo con un hilo casi tan delgada como una capa fin. Ese hilo pasa sobre el abismo y una cuerda sigue después de ello, y después de eso se pasa un poco de cuerda pequeña, y después de eso un cable, y después de eso el puente colgante oscilante sobre el que caminan miles. Es así muchas veces con Satanás. No es más que un pensamiento que él dispararía a través de la mente.

Ese pensamiento llevará un deseo; ese deseo una mirada; esa mirada un toque; ese toque un acto; ese acto un hábito; y ese hábito algo peor, hasta que el hombre, desde los comienzos pequeños, sea inundado y ahogado en la

iniquidad. Las pequeñas cosas, decimos, conducen a algo peor. Siempre ha sido así. Un viajero incauto deja caer una chispa en medio de la hierba seca de la pradera. No es más que una chispa; “¿No es ella pequeña?” El pie de un niño puede extinguirla; una gota de lluvia de la nube puede apagarla. ¡Pero ah! ¿Qué pone en llamas la pradera? ¿Qué hace que las olas del fuego empujen delante de ellas todas las bestias del campo? ¿Qué es lo que consume el bosque, encerrándolo en sus brazos de fuego? ¿Qué es lo que quema el hogar del hombre, o roba al segador de su cosecha? Es esta chispa solitaria, la única chispa – que enciende las llamas.

Así es con los pecados pequeños. ¡Reténlos, oh Satanás! Son chispas, pero el fuego mismo del infierno es sólo un aumento de ellas. La chispa es la madre de la conflagración, y aunque sea pequeña, no podemos tener nada que ver con ella.

Satanás siempre comienza con nosotros como lo hizo con Acán. En primer lugar, le mostró a Acán un buen manto babilónico y un lingote de oro. Acán lo miró: ¿No era una cosa pequeña para hacer, solo a mirarlo? Acán lo tocó: ¿No era eso una cosa pequeña? ¡Qué pecado tan mínimo tocar la cosa prohibida! Lo tomó, y se lo llevó a su tienda, y peor, lo escondió. Y al final tuvo morir por el crimen terrible.

¡Ay! presten atención a esos pequeños comienzos del pecado. Los comienzos del pecado son como la salida de agua. Primero, hay un goteo, luego un pequeño chorro, luego un arroyo delgado, luego una vena de agua, y al final, una inundación. Una muralla se derriba ante ella y un continente se ahoga. Presten atención a los pequeños comienzos, porque conducen a algo peor. Hasta ahora no ha llegado ningún hombre a la horca sin confesar que comenzó con robos pequeños: el robo de un libro en la escuela; después, el robo, del dinero de la casa de su señor, hasta que se unió a una pandilla de ladrones, lo cual que lo llevó a

peores crímenes y al final, ya está hecho, se cometió el asesinato, lo que lo llevó a una muerte ignominiosa. Muchas veces los pecados pequeños actúan como los ladrones; a veces los ladrones llevan a un niño pequeño, lo ponen en una ventana que es demasiado pequeña para que entren, y luego el niño va y abre la puerta para dejarles entrar. Así son los pequeños pecados. No son más que pequeños, pero se arrastran y abren la puerta a los grandes. Un traidor dentro del campamento puede ser sólo un enano, y puede ir y abrir las puertas de la ciudad y dejar entrar todo un ejército. Teman al pecado, aunque sea muy pequeño, témanlo. No pueden ver todo lo que hay en él. Es la madre de diez mil travesuras. Hay un dicho que dice que la madre de la maldad es tan pequeña como el huevo de un mosquito; y es cierto que el pecado más pequeño tiene diez mil travesuras durmiendo dentro de sus entrañas.

San Agustín da una imagen de qué tan lejos llegarán los hombres cuando comiencen a pecar. Había un hombre que en una discusión declaró que el diablo hizo moscas; “Bueno”, dijo el hombre con quien estaba discutiendo, “Si el diablo hizo moscas, entonces es poco más que decir que el diablo hizo gusanos!” “Bueno”, dijo el otro, “lo creo”. “Entonces”, dijo el hombre, “si el diablo hizo los gusanos, ¿cómo sabes que no hizo los pájaros pequeños?” “Bueno”, dijo el otro, “¡Es probable que lo hiciera!” “Bueno”, repitió el hombre con el que discutía, “pero si hizo los pájaros pequeños, ¿por qué no los hizo grandes? Y si él hizo los pájaros grandes, ¿por qué no podría haber hecho al hombre? Y si hizo al hombre, ¿por qué no podría haber hecho el mundo?” “Ustedes ven”, dice San Agustín, “Por una admisión – al permitir una vez que el diablo sea considerado el creador de una mosca, el hombre llegó a creer que el diablo era el Creador.” Simplemente introduzcan un error pequeño en sus mentes, introduzcan un pequeño mal en sus pensamientos, cometan un pequeño acto de pecado en

su vida, permitan que que juegen con estas cosas y las acaricien, que sean favoradas y tratadas con respeto; y no pueden imaginar hasta dónde podrán crecer. Son pequeños en su infancia: serán gigantes cuando lleguen a su pleno crecimiento. ¡No saben lo cerca que puede estar su alma de la destrucción, cuando lo entregan arbitrariamente al acto más pequeño de pecado!

Se puede usar otro argumento para responder a esta tentación del diablo. Él dice, “¿No es ella pequeña?”, “Sí”, respondemos, “*pero los pecados pequeños se multiplican muy rápido*”. Como todas las otras cosas pequeñas, hay un maravilloso poder de multiplicación en los pecados pequeños. En cuanto al asesinato, es un pecado magistral; pero pocas veces oímos hablar de ello en comparación con la multitud de los pecados menores. Cuanto menor es la culpa, más frecuente se vuelve. El elefante no tiene más que una progenie pequeña y se multiplica lentamente. Pero el pulgón (insecto) tiene miles que multiplican dentro de una hora. Lo mismo ocurre con los pecados pequeños: se multiplican rápidamente, más allá de todo pensamiento, y uno se convierte en la madre de las multitudes.

Y, observen esto: los pecados pequeños son tan poderosos para el mal en su multitud, como si fueran pecados mayores. ¿Alguna vez han leído la historia de las langostas cuando barren un terreno? Estaba leyendo ayer sobre un misionero que convocó a toda la gente cuando escuchó que las langostas subían por el valle; y encendiendo fuegos enormes, esperaban acabar con la corriente viva. Las langostas no eran grandes; pero parecía como si todos los fuegos ardientes se apagaran – marcharon sobre los cuerpos muertos y quemados de sus camaradas, y siguieron adelante, como un arroyo vivo. Antes de ellas todo era verde, como el huerto de Edén; detrás de ellas todo era seco como un desierto. Las vides secaron, los árboles habían perdido todas las hojas y extendían sus brazos desnudos hacia el cielo, como si el invierno les hubiera arrancado el follaje.

Entonces, no había ni una sola brizna de hierba, o ramita en el árbol, que incluso una cabra podría haber comido. Las langostas habían hecho todo esto, y dejaron una devastación completa en su camino. ¿Por qué todo esto? ¡La langosta no es más que algo pequeño! ¡Ay, pero en gran número cuán poderosas se vuelven!

Temán, pues incluso un pequeño pecado, porque seguramente se multiplicará. No es uno, son muchos de estos pecados pequeños. La plaga de piojos, o la plaga de moscas en Egipto, fue quizás lo peor por lo que habían pasado los egipcios. Cuídense de esos pequeños pecados de insectos que pueden ser su destrucción. Ciertamente, si son inducidos a sentirlos, a gruñir bajo ellos y a orar a Dios para que los libere de ellos, se puede decir que en su preservación está el dedo de Dios. Pero dejen que estos pecados se multipliquen y multipliquen, y su miseria estará cerca. No escuchen entonces la voz malvada de Satanás cuando grita: “¿No es ella pequeña?”

Hace años no había ni un solo cardo en toda Australia. Un escocés que admiraba los cardos mucho más que yo, pensó que era una lástima que una gran isla como Australia se quedara sin ese maravilloso y símbolo glorioso de su gran nación. Por lo tanto, recogió un paquete de semillas de cardo y lo envió a uno de sus amigos en Australia. Bueno, cuando aterrizó, los oficiales podrían haber dicho: “Oh, déjenlo entrar; ‘¿no es solo un poco?’ Aquí no hay más que un puñado de cardos, oh, déjenlo entrar; solamente será sembrado en un jardín, el escocés lo cultivará en sus jardines; ellos, sin duda, piensan que es una flor fina, déjenlo tenerla, no es más que para su diversión. Ah, sí, era sólo un poco; pero ahora hay distritos enteros del país que están cubiertos con ello, y se ha convertido en la plaga y la peste del agricultor. Era un pequeño puñado; pero, tanto peor por eso, se multiplicó y creció. Si hubiera sido un gran mal, todos los hombres se habrían puesto a trabajar para destruirlo. Pero ahora este pequeño mal no va a ser

erradicado, y de ese país se puede decir hasta el día del juicio final: “Espinas y cardos producirá” (Gén. 3:18). Hubiera sido bueno que el barco que traía esa semilla hubiera naufragado. No es una bendición para nuestros compatriotas del otro lado de la tierra, sino una gran maldición. Presten atención a la semilla de cardo; los pecados pequeños son como ella. Tengan cuidado de que no sean admitidos en su corazón. Esfuércense por evitarlos tan pronto como Satanás los presente. Vayan, busquen la gracia de Dios y su Espíritu Santo para mantenerlos alejados; porque si no, estos pequeños pecados se multiplicarán tan rápido, que serán su ruina y su destrucción.

Una vez más, los pecados pequeños, después de todo, si los miran de otra manera, son grandes. *Un pequeño pecado implica un gran principio*. Supongamos que mañana los austriacos enviaran un grupo de hombres a Cerdeña. Si sólo envían una docena sería igual a una declaración de guerra. Se puede decir: “¿No son solo pocos? – ¿Un grupo muy pequeño de soldados que hemos enviado?” “Sí”, sería la respuesta, “pero es el principio de la cuestión. No se le puede permitir con impunidad enviar a sus soldados a través de la frontera. Hay que proclamar la guerra, porque ustedes han violado la frontera e invadido la tierra “. No es necesario enviar cien mil soldados a un país para romper un tratado. Es cierto que la violación del tratado puede parecer pequeña; pero si se permite la violación más mínima, el principio desaparece.

Hay mucho más en principio de lo que imaginan los hombres. En un pecado contra Dios, no es tanto la cosa en sí misma como el principio de la cosa que Dios mira; y el principio de la obediencia es tan roto, tan deshonrado por un pequeño pecado como por un gran pecado. ¡Hombre! el Creador te ha hecho para obedecerle. Ustedes quebrantan su ley; dicen que solo es una pequeña transgresión. Aún así es una brecha. La ley está quebrantada. Ustedes son desobedientes.

La ira de Dios está sobre ustedes. El principio de obediencia se ve comprometido en la más pequeña transgresión, y, por lo tanto, es grande. Además, no sé si las cosas que los hombres cristianos llaman *pecados pequeños* no son, al final, mayores en algunos aspectos de los que ellos llaman *pecados grandes*. Si alguien tiene a un amigo, y él le causa un disgusto por diez mil libras, uno dice: “Bueno, él tenía una gran tentación. Es verdad que ha cometido un gran error, aun así me ha herido por algún propósito”. Pero supongamos que su amigo le causa un disgusto y le irrita por un cuarto de un centavo; ¿qué pensarían de eso? “Esto no tiene sentido”, dirían. “Este hombre lo ha hecho por pura malevolencia”.

Ahora, si el Creador hubiera negado a Adán todo el Paraíso y puesto al hombre en un desierto pedregoso – si hubiera tomado todo el Paraíso para sí mismo, no creo que hubiera existido más pecado en ese acto, que cuando lo puso en medio del jardín, y simplemente tomó un fruto del árbol prohibido. La transgresión implicó un gran principio, porque lo hizo a propósito. Tenía tan poco que ganar y tanto que perder cuando deshonoró a Dios. Se ha dicho que pecar sin tentación es pecar como el diablo, porque el diablo no fue tentado cuando pecó; y pecar con poca tentación es pecar como el diablo. Cuando hay una gran tentación ofrecida, no digo que haya ninguna excusa, pero cuando no hay ninguna tentación, sino que la acción es muy pequeña, trae poco placer, e involucra sólo una consecuencia pequeña, hay una perversidad en este pecado, que lo hace mayor que muchas otras iniquidades que los hombres cometen, en cuanto a oblicuidad moral.

¡Ay, ustedes que claman contra un gran criminal cuando es descubierto; mira cuánto robó a los hombres; mira cómo ofendió a la viuda y robó al huérfano! Lo sé. Dios no permita que yo lo excuse; pero ese hombre tenía una reputación que mantener. Tenía ante sí miles de tentaciones para hacerse muy rico. Pensaba que nunca sería

descubierto. Tenía una familia que mantener. Se había involucrado en hábitos costosos, y hay muchas cosas que decir para atenuar su mal. Pero ustedes, si se entregan a algún pecado menor que no trae placer, que no involucra ningún interés importante, por el cual no tienen nada que obtener, digo que pecan malignamente. Han cometido un acto que tiene en sí el mismo virus y la amargura de la desobediencia obstinada y deliberada, porque ni siquiera hay como atenuarlo, ni una excusa o la disculpa de que podían ganar algo con ello. Los pecados pequeños son, después de todo, pecados enormes, vistos a la luz de la ley de Dios – considerados como una violación de ese estándar inviolable de lo que es justo, y considerados como cometidos sin sentido, digo que son grandes, y puede ser que esos pecados que los hombres conciben como groseros y grandes no son mayores ni más groseros que estos en realidad.

Por lo tanto, les he dado varios argumentos con los que pueden responder a esa tentación: “¿No es ella pequeña?”

2. Consejos particulares para los creyentes

Ahora solamente voy a hablar al hijo de Dios, y le digo: “Hermano, si Satanás te tienta a decir: ‘¿No es ella pequeña?’ “Respóndele: “¡Ay, Satanás, pero por pequeño que sea, puede estropear mi comunión con Cristo. El pecado no puede destruir, pero molestará; no puede arruinar mi alma, pero pronto arruinará mi paz. Dices que es pequeño, Satanás, pero mi Salvador tuvo que morir por ello, o yo hubiera sido excluido del cielo. ‘Ese pequeño’ puede ser como una pequeña espina en mi carne, para pinchar mi corazón y herir mi alma. No puedo, no me atrevo a permitirme este pequeño pecado, porque he sido perdonado en

abundancia, y debo amar profundamente. Un poco de pecado en otros sería un gran pecado para mí' ¿Cómo puedo hacer esta gran maldad y pecar contra Dios?"

¿Es pequeño, Satanás? Pero una pequeña piedra en el zapato hará que un viajero cojee. Una pequeña espina puede engendrar una multitud. Una pequeña nube puede ocultar el sol. Una nube del tamaño de la mano de un hombre puede traer un diluvio de lluvia. ¡Vete, Satanás! No puedo tener nada que ver contigo; porque ya que sé que Jesús derramó su sangre por los pecados pequeños. No puedo herir su corazón complaciéndome en ellos de nuevo. ¡Un pequeño pecado, Satanás! ¿Mi Señor ha dicho: "Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas; porque nuestras viñas están en cierne" (Cant. 2:15). ¡He aquí! estas pequeñas cosas hacen daño a mi tierno corazón. Estos pequeños pecados se esconden en mi alma, y pronto se convierten en una cueva y un agujero de las bestias salvajes que Jesús odia, pronto lajean a Jesús de mi espíritu para que no tenga una comunión agradable conmigo.

Un gran pecado no puede destruir a un cristiano, pero un pecado pequeño puede hacerlo miserable. Jesús no caminará con su pueblo a menos que ellos expulsen todo pecado conocido. Él dice, "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (Juan 15:10). Hay muchos cristianos en el mundo que no ven el rostro de su Salvador juntos cada mes, y parecen estar muy contentos sin su compañía. No los entiendo, ni quiero saber cómo es, que pueden conceder sus almas a la ausencia de su Señor. Una esposa amorosa, sin su esposo durante meses y años, me parece probada al extremo. Estoy seguro que es una aflicción para un niño tierno estar separado de su padre. Sabemos que en nuestra infancia siempre fue así, y esperamos nuestro regreso a casa con alegría. ¿Y tú eres un hijo de Dios, pero vives feliz sin ver

el rostro de tu Padre? ¡Qué! ¡Tú eres la esposa de Cristo y, sin embargo, estás contento sin su compañía! Sin duda, has caído en un estado triste. Te has extraviado, si tal es tu experiencia, porque la verdadera esposa casta de Cristo llora como una paloma sin su pareja, cuando la ha dejado.

Entonces, hazte la pregunta, ¿qué ha alejado a Cristo de ti? Él esconde su rostro detrás de la pared de tus pecados. Esa pared puede estar construida de pequeños guijarros, tan fácilmente como de grandes piedras. El mar está hecho de gotas, las piedras están hechas de granos; y, ¡ay! de cierto el mar que te separa de Cristo puede estar lleno de las gotas de tus pequeños pecados; y la roca que ha de destruir tu barca, puede haber sido hecha por el trabajo diario de los insectos de coral de tus pecados pequeños. Por lo tanto, ten cuidado con esto; porque si quieres vivir con Cristo, y caminar con Cristo, y ver a Cristo, y tener comunión con Cristo, ten cuidado, te lo ruego, de las pequeñas zorras que echan a perder las viñas, porque nuestras viñas tienen uvas tiernas.

3. Una advertencia para los indecisos que buscan

Y ahora, dejando al hijo de Dios por un tiempo, me dirijo a otros de ustedes que tienen alguna preocupación con respecto a sus almas, pero que aún no podrían ser clasificados como los que temen a Dios con un corazón verdadero. Sé que Satanás a menudo te ofrece a ti esta tentación: “¿No es ella pequeña?” Que Dios te ayude a responderle cada vez que te ataque. “¿No es ella pequeña?” Y es así, hombre joven, el diablo te ha tentado a cometer el primer hurto. “¿No es ella pequeña?” Y así te ha mandado, joven, por primera vez en tu vida que pases el día de descanso [del Señor] en un placer tonto. Era solo uno pequeño, dijo él, y has creído su palabra, y la has obedecido.

No era más que una pequeña, y por eso has dicho una mentira. No era más que una pequeña, y por eso has entrado en la asamblea de los frívolos y te has unido a la sociedad de los escarnecedores. No era más que un poco, no podía haber mucho daño en ello, no podía hacer mucho daño a tu alma.

¡Vaya! detente un rato. ¿Sabes que un pequeño pecado, si se complace sin sentido, impedirá tu salvación? “El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.” (2 Tim. 2:19) Cristo revelará la salvación de todos sus pecados al hombre que aborrece todos sus pecados; pero si guardas un pecado para tí mismo, nunca tendrás misericordia de sus manos. Si abandonas todos tus caminos y te vuelves a Cristo sinceramente en tu corazón, el pecado más grande que alguna vez hayas cometido no destruirá tu alma; pero si abrigas un poco de pecado, tus oraciones no serán escuchadas, tus suspiros desatendidos, y tus gritos sinceros volverán a tu seno sin ninguna bendición. Has estado en oración últimamente, has estado buscando a Cristo, has estado orando con todas tus fuerzas para que Dios se encuentre contigo. Ahora han pasado meses, y aún no has sido salvado, aún no has recibido el consuelo y la seguridad de tu perdón. Joven, ¿no es probable que algún pecado poco conocido aún quede escondido en tu corazón?

Presta atención, entonces, joven, que Dios nunca será uno contigo hasta que tú y tus pecados sean dos. Apártate de tus pecados, o apártate de toda esperanza, aunque escondas tanto solo una pizca de pecado de Dios, no quiere y no puede tener misericordia de ti. Ven a él como eres, pero renuncia a tus pecados. Pídele que te libere de toda concupiscencia, de todo camino falso, de toda cosa mala, o si no, recuerda, nunca encontrarás gracia ni favor en sus manos. El pecado más grande en el mundo, arrepentido,

será perdonado, pero el pecado más mínimo y no arrepentido hundirá tu alma más bajo que el infierno. Escucha, pues, otra vez, pecador, tú que a veces te entregas a pequeños pecados. Estos pecados pequeños muestran que todavía estás en hiel de amargura y en prisión de maldad.

Rowland Hill cuenta una historia curiosa de uno de sus oyentes que a veces visitaba el teatro. Él era un miembro de la iglesia. Así que al ir a verlo, dijo: “Entiendo Sr., que le gusta mucho ir al teatro.”

“No, señor,” él hombre dijo, “eso es falso. Voy de vez en cuando sólo para un gran lujo, pero igual, no voy porque me gusta, no es un hábito mío.”

“Bueno,” dijo Rowland Hill, “supongamos que alguien me dijera, ‘Señor Hill, entiendo que usted come la carroña,’ y yo le dijera, ‘no, yo no como la carroña. Es cierto, que de vez en cuando tomo un pedazo de carroña apesada para un gran lujo.’ Él diría, ‘usted se ha condenado a sí mismo, pues muestra que le gusta más que a la mayoría de la gente, porque la consume en un momento especial. Otros hombres solo la toman como comida diaria, pero usted la guarda como un lujo.’ Esto muestra el engaño de su corazón, y manifiesta que todavía ama los caminos y la paga del pecado.

Ay, amigos míos, esos hombres que dicen que los pecados pequeños no tienen ningún vicio en ellos, estos hombres no hacen más que dar indicaciones de su propio carácter; muestran en qué dirección corre el arroyo. Un trozo de paja puede dejarte saber en qué dirección sopla el viento, o incluso una pluma que flota; así un pecado pequeño puede ser una indicación de la tendencia predominante del corazón. Oyente mío, si amas el pecado, aunque sea pequeño, tu corazón no es recto a los ojos de Dios. Todavía eres un extraño a la gracia divina. La ira de Dios está sobre ti. Tú eres un alma perdida a menos que Dios cambie tu corazón.

4. La aflicción eterna como recompensa de los pequeños pecados

Y, sin embargo, otro comentario aquí. Pecador, tú dices que no es más que un pecado pequeño. ¿Pero sabes que Dios te condenará por tus pecados pequeños? Me miras y estás enojado ahora, diciendo que el ministro es duro. ¿Pero mirarás enojado a tu Dios en el día en que te condene para siempre? Si hubiera un buen hombre en una prisión hoy y no fueras a verlo, ¿pensarías que es un gran pecado? Por supuesto que no, dices, no pensarías en hacer algo así. Si vieras a un hombre hambriento y no lo alimentarías, ¿pensarías que es un gran pecado? No, dices que no lo pensarías. Sin embargo, estas son las mismas cosas por las cuales Dios les envía a los hombres al infierno. ¿Qué dijo el juez? “Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis... De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.” (Mat. 25:43, 45) Ahora bien, si estas cosas, que sólo consideramos como pequeños pecados, en realidad envían miríadas al infierno, ¿no debemos detenernos y temblar antes de hablar ligeramente del pecado, ya que los pecados pequeños pueden ser nuestros destructores eternos? Ay, hombre, el pozo del infierno está cavado para los pecados pequeños. Una eternidad de aflicción está preparada para lo que los hombres llaman pequeños pecados. No es solo el asesino, el borracho, el fornicario, que será enviado al infierno. Los malvados, es cierto, serán enviados allí, pero el pecador pequeño junto con todas las naciones que se olvidan de Dios también tendrán su porción allí. Tiembla, por lo tanto, a causa de los pecados pequeños.

Cuando era un niño joven, un día leí en la oración familiar el capítulo de Apocalipsis que habla del “pozo del

abismo”. Deteniéndome en medio de leerlo, le dije a mi abuelo: “Abuelo, ¿qué significa esto ‘el pozo del abismo?’” Él dijo: “continua, niño, continua”. Así que leí ese capítulo, pero tuve mucho cuidado de leerlo la mañana siguiente también. Deteniéndome de nuevo, dije: “Pozo del abismo, ¿qué significa esto?” “Continua”, dijo él, “continua”. Bueno, llegó la mañana siguiente, y así de nuevo durante dos semanas; no había nada más que quisiera leer en la mañana sino ese mismo capítulo, porque mi abuelo me indicó que debía leerlo por un mes. Y puedo recordar el horror de mi mente cuando me dijo cuál era la idea. Hay un profundo pozo, el pozo del abismo, y el alma está cayendo, ¡oh, qué rápido está cayendo! ¡Ahí! ¡El último rayo de luz desaparece, y cae, y así sigue cayendo durante mil años! “¿Y todavía no se está acercando al fondo? ¿No se detendrá?” No, no, el grito es, cae, cae, cae, “Ha estado cayendo un millón de años, ¿no está cerca del fondo todavía?” No, todavía no está más cerca del fondo: es el “pozo *sin fondo*”; ¡sigue cayendo, cayendo, cayendo, y así el alma sigue cayendo, perpetuamente, en una profundidad aún más profunda, cayendo, cayendo, cayendo, para siempre en el “pozo del abismo”, en el pozo que no tiene fondo! Ay sin término, sin esperanza de que llegue a una conclusión.

La misma idea terrible se encuentra en esas palabras: “La ira venidera” (1 Tes. 1:10). El infierno es siempre “la ira venidera”. Si un hombre ha estado en el infierno mil años, todavía está “venidera”. En cuanto a lo que has sufrido en el pasado, es como nada, en la cuenta del terror, porque la ira aún está “venidera”. Y cuando el mundo se ha vuelto gris con la edad, y los fuegos del sol se apagan en la oscuridad, sigue siendo “la ira venidera”. Y cuando otros mundos han surgido, y han entrado en su edad paralizada, sigue siendo “la ira venidera”. Y cuando tu alma, quemada por la angustia, suspira por fin para ser aniquilada, aún así se escuchará este trueno terrible, “la ira venidera – venidera – venidera”. ¡Oh, qué idea! ¡No sé cómo decirlo! Y, sin

embargo, por pecados pequeños, recuerden que se incurre en “la ira venidera”. Oh, si he de ser condenado, sería condenado por algo; pero ser entregado al verdugo y enviado a “la ira venidera” por pequeños pecados que ni siquiera me hacen famoso como rebelde, esto es ser condenado por completo. ¡Oh, que te levantas, que huyeras de la ira venidera, que abandonarás los pequeños pecados, y volaras a la gran cruz de Cristo para que se erradicaran los pequeños pecados y se lavaran las pequeñas ofensas! Porque oh, otra vez te advierto, si mueres con pecados pequeños, no perdonados, con pecados pequeños, no arrepentidos, no habrá ningún “pequeño infierno”; la gran ira del gran Rey vendrá por siempre, en un pozo sin fondo, en un infierno cuyo fuego nunca será apagado, y cuyo gusano nunca morirá. ¡Oh, “la ira venidera! ¡La ira venidera!”. Al pensar en ello es suficiente hacer que se duela el corazón. Dios te ayude a huir de ella. Que puedas escapar de ella ahora, a través de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

